

Nuestro cinema

Título:
Del público y su desorientación

Autor/es:
Gómez Mesa, L.

Citar como:
Gómez Mesa, L. (1932). Del público y su desorientación.
Nuestro cinema. (4):108-109.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/42798>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



triales despreciar un suplemento de ganancias, pero como estas ganancias son el único interés que les liga al cinema, su desidia se nos aparece como la muestra de una incapacidad singular. No deberían olvidar, sin embargo, que fué gracias a la aportación de nuevos métodos, hecha por hombres nuevos—Mack Sennett, Ince, Griffith, Chaplin y otros—por lo que el cinema americano pudo conquistar, entre 1913 y 1917, la supremacía que ha conservado tanto tiempo.

Hoy el sistema establecido por los hombres de negocios y sus acólitos hace casi imposible toda manifestación de genio o de talento naciente. Este sistema representa la más perfecta organización de defensa contra las fuerzas desconocidas que podrían reanimar el cinema en decadencia.

El cansancio del público, comprobado en todos los países, no tiene nada de sorprendente para nosotros. ¿Qué progresos se han realizado desde hace cuatro años? Los primeros films sonoros—*La melodía del mundo*, *Broadway melodie*, por ejemplo—encerraban en sí más innovaciones que las que hemos podido descubrir en toda la producción que les ha seguido. Desde entonces, por rutina industrial, por falta de audacia, se ha aprisionado todo el cinema en las reglas del teatro filmado que no hubiera debido ser más que una de sus partes.

¿Puede ser modificado el régimen actual? ¿Hay alguna esperanza de que el cinema encuentre de nuevo su joven inspiración; el genio fértil que animaba su edad heroica? No es imposible. La crisis industrial ataca fuertemente a las grandes sociedades. Mañana es posible que no tengan crédito bastante para conservar el monopolio de una producción que exige inmensos capitales.

En este caso, la fabricación en serie, repartida entre unos cuantos consorcios, cederá el puesto al trabajo independiente de múltiples grupos. Hoy ya la producción cooperativa ha surgido en varios países (*). Según este método, un film se hace por la asociación de varios artífices cuya colaboración es útil; en esas empresas los «supervisores» y otros representantes del cinema industrial no tienen posibilidad de ejercer su poder absoluto. De aquí que estos films puedan ser concebidos y ejecutados con más libertad que los producidos bajo la disciplina ciega de las grandes Compañías. Sin duda, no serán todos los films de mérito—ningún sistema es capaz de crear un talento—, pero los hombres de talento tendrán, por este medio, ocasión de revelarse y de revelar al cinema mismo obras dignas de él y de su vasto auditorio.

R E N É C L A I R

Del público y su desorientación

Hoy no es admisible ya esa pregunta de vaguedad, que tanto preocupaba a nuestro Larra: «¿Quién es el público y dónde se encuentra?» De sobra sabemos quienes llenan los cines, para fingir un interés por averiguar lo que está a la vista de cualquiera. No es necesario ningún planteamiento previo del asunto, porque, en rigor, éste existe absolutamente en su verdad y seriedad; que es la mejor manera de existir, de ser. Sin rebuscamientos ni mentiras de antecedentes inútiles.

El público de los cines se compone de la más heterogénea masa ciudadana. Es un coincidir de curiosidades diversas para disfrutar en común de la sugestión del arte del film. Todos los variados tipos de gentes que en un rato de observar callejero desfilan ante nosotros, gustan del juego de la magia que les ofrece la pantalla en sus proyecciones de cosas y hechos, siempre atrayentes.

* Como abono a su opinión, he ahí el magnífico ejemplo de *Muchachos de uniforme*, realizado en estas condiciones, con la cooperación de una empresa que cedió sus estudios; de un autor que ofreció su obra; de un realizador—realizadora esta vez—, de unos intérpretes, de unos técnicos y unos obreros que dieron su trabajo. (N. D. L. D.)

Claro que no todos lo miran y admiran con la misma sensibilidad. Naturalmente que no. Esto es ya un punto particular, subjetivo. En lo objetivo resulta algo cierta la afirmación de un escritor viajero, cuyo nombre nada importa, que define al Cinema como «el gran rodillo nivelador de clases y costumbres de los tiempos modernos».

Efectivamente, en su aspecto de espectáculo universal, el Cinema junta unos momentos al obrero y al señorito. Pero nunca de modo total, sino con distingos. Desde luego que cada uno colocado en su localidad correspondiente y diferente. Por esto y por otras causas de mayor hondura, no es frecuente que se fundan las risas o las emociones de ambos, según los distintos pasajes de las películas. Lo corriente es que reaccionen opuestamente.

Dividido el público de los cines, igual que el de los teatros y el de los deportes, en categorías de butacas y generales, sucede que los productores se quejan de lo difícil que es conseguir un éxito unánime, que complazca a unos y a otros. Se lamentan en vano y sin razón aceptable. Sólo a su torpeza se debe esto. A su no querer comprender que el Cinema, por lo reciente de su surgir al mundo, carece por completo de tradición y de historia. Y que, lógicamente, no le pueden ir bien viejos usos. Su juventud y su esencia revolucionaria, propias para servir los más nuevos y avanzados ideales, rechazan toda índole de prejuicios.

No obstante esa autenticidad, apenas por nada discutida ya, el Cinema en la hora presente—descontados muy poquísimos casos—, sufre del mal de los prejuicios y de los tópicos. Y es que sus conductores, en esa su finalidad de innovador influyente y trascendental, no le dejan moverse a sus anchas. Le tienen prisionero de un mercantilismo contrario a su espíritu...

Y lo peor no es eso, pues, al cabo, ya llegará el día de su liberación. (Sencillemente: cuando la manejen en mayoría los de su edad, sus contemporáneos en la fecha de nacimiento y en pensar y en sentir...)

Lo deplorable es que, a fuerza de insistir en el error, estropee al público que lo entiende así, quien cansado de esperar, se desengaña y termina por acatarlo en su desviación y falseamiento.

Por lo pronto, ya se nota en el público heterogéneo de los cines una tremenda desorientación. Aplauda lo que las casas editoras le programan como maravillas, sin molestarse en confrontar su exactitud. Se aviene de la mejor gana a secundar—quizá por comodidad—los planes de propaganda de distribuidores y empresarios. Y en rara y escasísima ocasión se erige en juez severo y atinado. Sin duda se le olvidó, por no entrenarse en su ejercicio, que el desempeño de este papel es de su principal incumbencia. Mucho más de su competencia, que la llamada crítica, ya que la característica de ésta es escribir al dictado de las casas productoras, en proporción directa a un mayor o menor anuncio, y sólo en aislada y heroica excepción con parecer propio e independiente.

Tal vez la desorientación del público proceda de esa ausencia de guías conscientes y prestigiosos, que suelen ser los buenos críticos.

En realidad, un crítico no es sino un espectador con preparación y conocimientos casi de profesional, cuyas opiniones y consejos valen más cuanto más se consolida en su sitio imparcial y sereno.

Y reducido el problema de la perjudicial desorientación del público a su justeza de que se precisan críticos, o sea, espectadores entrenados y autorizados, lo que a todos conviene es buscarlos.

Aquí sí que encaja la segunda parte del interrogante de nuestro Larra: «¿Y dónde se les encuentra?»

Creemos haberlo dicho ya. Pero repitámoslo.

Es entre los contemporáneos del Cinema—en fecha de nacimiento y en pensar y sentir—donde se hallan esos espectadores aptos para ser los críticos de su salvación...

L . G Ó M E Z M E S A